

INCERTAMEN

2.º Premio • Año 1999

Breve noticia de un folle-
tinista
provinciano de éxito

Jesús Tiscar Jandra

Zoilo Santiso

Yo recuerdo aquellos siete meses de hambre como un palo de fregona a medio tragar. Parte de culpa la tuvo la guerra, claro, pero también la "crisis de final" que padeció mi padre, Ricardo Narváez, de profesión folletista. Bueno, antes había sido rico, heredero de mi abuelo, pero entre mi madre y él se lo gastaron todo sin darse cuenta. Ninguno de los dos había nacido para hacer números y mucho menos para mandar a nadie que los hiciera por ellos. De manera que, viendo mi padre que de lo heredado no le quedaban ya más que las migajas y de que, al mismo tiempo, habían traído una preciosa niña al mundo -yo-, tuvo que ir pensando en buscarse el primer trabajo de su vida, siempre con la condición de que fuese demasiado incómodo, más que nada por cuestión de principios.

Hablo del año 1932. Entonces se editaba aquí, entre otros periódicos "menos serios", un semanario llamado Nuevo Noticiero de la Provincia, de cuyo director, don León Espeja, era muy amigo de mi padre. Charlando los dos un día en el casino acerca de lo mal que iba el periódico, de lo poco que se vendía, pisoteado por El Sol, "porque aquí todo el mundo va pavoneándose con su Sol debajo del brazo y el periódico local es como si les desmereciera", y del peligro de desaparición que corría, a mi padre se le ocurrió de golpe la idea de escribir una novela por entregas, aficionado como era a los folletines españoles del siglo pasado, algo que también había here-

dado de mi abuelo, que conservaba, lujosamente encuadernadas, las amarillentas hojas de periódico con las historias del maestro Ayguals de Izco, Ortega y Frías, Sinué, Parreño... asegurándole a don León que eso engancharía lectores, atraería anunciantes y salvaría el semanario. A cambio, si la cosa pitaba -que pitaría, mi padre estaba seguro-, él entraría en parte de las ganancias de la empresa editora, al margen de lo que le pagaran por cada colaboración. Mi padre jamás había pensado en dedicarse a la literatura, no había escrito nada en su vida; pero era un idealista, lo que viene a ser lo mismo que un cachondo, y pese a que don León no confiaba demasiado en el proyecto, alegando que el género ya estaba muy pasado, como no tenía más que perder sino un poco de tinta, le dijo que bueno, que adelante, que por intentarlo..., y muy agradecido por el interés que demostraba. Mi padre llegó a casa, encendió un puro, se sirvió un coñac, dio tres vueltas alrededor de la mesa de su escritorio y se puso a trabajar en el capítulo primero de un folletín titulado El Negrito Bambú, por Ricardo Narváez: la historia exótica y tristísima de un negrito senegalés en tiempos de esclavitud que se enamora de la hija del massa de la plantación de Nueva Orleans a la que lo han vendido, se entera éste y se arma la de San Quintín...

El primer capítulo de El Negrito Bambú se publicó en el Nuevo Noticiero de la Provincia el 17 de Septiembre de 1932. A partir del capítulo segundo, a la semana siguiente, el periódico ya había aumentado un poquito su venta, y a la siguiente otro poquito, y a la siguiente mucho, y a la siguiente ya patrocinaba el capítulo la

"Perfumería Carmeli, calle Biosca, 4, un aroma para cada personalidad", y a la siguiente se le unía la "Zapatería Lopera, el calzado fino y la bota campera", y así. El Negrito Bambú se convirtió en un éxito local y provincial que sacó otra vez a flote el semanario. Mi padre, tal y como había acordado con don León, entró a formar parte de la empresa. A este éxito, según me contaban, contribuyó bastante la Junta Diocesana de Acción Católica, que montó varios escándalos a causa de los episodios eróticos entre el negro y la señorita blanca que con frecuencia describía el señor Narváez, cosa que le dio publicidad al folletín, logrando que mucha gente que no había leído un periódico en su vida, se enterase de que había por ahí uno en el que se contaban cosas verdes y lo comprara sólo por eso. El fornicio, como la muerte y los fantasmas, venderá siempre.

Pero el éxito de El Negrito Bambú no fue nada comparado con el folletín que le precedió, y de éste sí que puedo hablar no de oídas, ya que aquel bombazo literario y provincial que terminó de encumbrar al Nuevo Noticiero, que encumbró a mi padre y a la economía familiar, que sobrevivió a la guerra y nos hizo pasar luego el hambre de palo de fregona a medio tragar que pasamos, duró hasta mi mocedad. Vamos por partes.

Un genio del novelón por entregas se había revelado en la prensa provincial de la época; tan genio, que mi padre decidió ponerle fin en pleno éxito. Ansiaba terminarlo para comenzar con otro que tenía bien maduro en la cabeza, pero el periódico no lo dejaba: temía que un segundo folletín ya no fuera tan bien acogido por los lectores; decían que si El Negrito seguía funcionando era

una locura matar la gallina y que lo más sensato sería alargarlo y alargarlo hasta que la gente empezase a torcer el morro, a no tragar, y entonces sí, ponerle el punto y final. Pero el novelón llevaba ya dos años en la calle, semana tras semana sin faltar ni una, y mi padre estaba de negros hasta los cojones, de manera que lo encarriló hacia el final y lo terminó en un mes. Hubo una avalancha de quejas, la gente quería más Negrito, decían que los del periódico eran todos unos sinvergüenzas por haberlos dejado sin Negrito Bambú y amenazaban con no comprarlo más, a otros no les había gustado nada el final tan acelerado y poco feliz: a Bambú le dan su libertad, pero sin su amada, que muere a causa de la picadura de un insecto ponzoñoso como castigo del destino al dueño de la plantación, que ya se había vuelto bueno y comprensivo con la bicolor pareja. Mi padre fue duramente reprendido por la empresa; querían obligarlo a continuar con la historia, que se inventara algo para resucitar a la niña, que metiera a otra parecida o que hiciese lo que quisiera, pero que recuperase la marcha del folletín y apaciguara a los lectores o aquello iba a ser la ruina. Sin embargo, mi padre siguió adelante con su nueva idea. Es muy difícil convencer a un hombre que ha despilfarrado toda una fortuna, y como él era el dueño de la burra, o sea de la pluma y la inventiva, pues no le dio la gana de seguir y presentó el comienzo de su nueva historia, que los del Nuevo Noticiero acogieron con pesimismo, ya que ni había negros ni era exótica: era de aquí; el folletín se desarrollaba en esta ciudad, en las calles y el ambiente de entonces, y esto les hacía suponer un fracaso estre-pitoso porque, decían, la gente estaba harta de su alre-

dedor y lo que quería era viajar, aunque sólo fuera leyendo, y que una historia en parajes tan cercanos no sólo no iba a ser creíble sino, además, aburrida. Los muy "juanguévos" no sabían lo que se les venía encima de bueno.

El 2 de Octubre de 1934 -mientras un tifón mataba a mil seiscientos japoneses, según la Crónica del Siglo XX-, el Nuevo Noticiero de la Provincia estrenaba Los amores de Amparo, de don (porque había recuperado su don) Ricardo Nárvaez, a dos páginas centrales y con bellas ilustraciones especialmente encargadas a "Pixo", un dibujante homosexual de mucho prestigio en la provincia que, poco años después moriría asesinado por su madre, perturbada mental. Al mes, el semanario de aquellos de poca fe veía desbordadas sus ventas, y a los dos meses, el folletín comenzaba a escupir duros a la cara del Nuevo Noticiero, que pudo así adquirir nueva maquinaria rotativa y aumentar así la tirada. Y es que mi padre todavía se había guardado un cuatro de copas en la manga y era el de un inusual sistema de publicidad: el novelón se desarrollaba en esta provincia para que los comerciantes de esta provincia pagasen por aparecer en un foletín que era leído por muchos cientos de personas. Así, si la "Imprenta Gómez-Cañete", por ejemplo, lo deseaba, un personaje de Los amores de Amparo iba a la semana siguiente a encargar unas tarjetas a la "Imprenta Gómez-Cañete", que pagaba más o menos -pero siempre más que por un anuncio común- según se citara las señas, se hicieran uno o varios comentarios que halagarán la calidad de los servicios o productos de la empresa o fuera la propia Amparo, la protagonista, quien tuviera relación con ella. Toda una operación de marketing que

me parece que no ha vuelto a hacerse, al menos no en los periódicos ni con la sutileza con que lo hacía mi padre, el cual no permitía que lo comercial restara calidad a lo literario. Por otra parte, los lectores se creían a Amparo, una mujer de la vida que se casa con el médico que le ha curado un herpes genital, que mantiene relaciones con el hijo de éste, seminarista indeciso, y que tampoco olvida un amor canalla y navajero. Los lectores buscaban a Amparo y con frecuencia escribían al Nuevo Noticiero dándole consejos a la desdichada, consejos que el autor, a veces le eran fuente de inspiración para capítulos venideros. Había muchos hombres en la provincia enamorados de Amparo, entre ellos, Ricardo Narváez, el propio autor. Esto fue lo que por poco nos mata de hambre durante siete meses, aquel hambre que era un palo de fregona a medio tragar.

Cuando a Franco se le ocurrió la idea de darse un garbeo por aquí y nos llamó al orden, mi padre se fue con él antes de lo que reclamaran y en compañía de unos cuantos falangistas amigos suyos. Esta fue zona muy republicana y a mi padre, sólo un poco rojo, sin trascendencias, afiliaciones ni apasionamientos, no le disgustaba en absoluto; pero el hombre sospechaba el final de aquello y él lo único que quería era vivir tranquilo, si es que no lo dejaban frito. Los amores de Amparo quedaron interrumpidos, claro, pero el periódico nos ayudó bastante durante la guerra y mi madre, embarazada de mi hermano Ricardín, pudo tirar sin mi padre, con su bombo y conmigo, hasta que pasó la bronca que nos echaron y unos cuantos funcionarios terminaron de despegar con espátulas los restos humanos de la paredes.

El Nuevo Noticiero de la Provincia se unió a la Prensa del Movimiento, había desaparecido El Sol (ahora era con el ABC con el que se pavoneaba la gente, bien colocado debajo del brazo izquierdo, porque si se lo ponían en el derecho tenían que estar agachándose continuamente a recogerlo del suelo), y mi padre, los días soleados de primavera, trasladaba su escritorio al jardín de la casa y trabajaba resignadamente en sus capítulos. Pero las cosas habían cambiado para Los amores de Amparo: la censura ya no permitía nada de lo erótico que tanto vendía antes de la guerra e incluso había obligado al autor a modificar el título de su novelón, que ahora se llamaba La familia de Amparo García (Camilo me juró una vez que no se había inspirado en ése título para su primera novela, pero yo creo que sí, que de alguna forma supo del folletín de mi padre y lo copió, si bien no se lo tengo en cuenta ni le guardo rencor alguno). Él seguía incondicionalmente enamorado de su personaje, hay que recordar.

El nuevo dibujante que ilustraba los capítulos vestía a Amparo recatadamente, le había quitado pecho, limado caderas y le había cambiado la expresión voluptuosa de antaño por otra de lela, según opinaba la mayoría de los lectores. El perdulario y tormentoso pasado de Amparo García era innombrable en su nueva etapa: ahora vivía tranquila y decente con su marido, heroico médico militar durante la guerra, con sus hijos y con su suegra. La acción y la intriga no iban más allá de pequeños problemas cotidianos, domésticos, familiares. Una semana, el folletín -que ya no podía considerarse tal, pues faltaban los amoríos y lo escabroso- contaba cómo Paquito, el hijo menor, viene del colegio diciendo que el maestro

le tiene manía; sus papás se preocupan mucho y acuden a hablar con el profesor, que les revela la cruda realidad: Paquito, tan formal en casa, resulta que en la escuela es un gamberrete que no deja en paz a sus compañeros, que no atiende a las lecciones y que contesta a la máxima autoridad docente cuando ésta le regaña. Paquito, claro, recibe un escarmiento ejemplar y algo cómico, urdido por la madre. Otra semana, desafiando un poco al censor, un capítulo abordaba el tema de los celos infundados: una joven paciente del marido de Amparo es la causante de que su matrimonio se desequilibre, máxime cuando la protagonista descubre en el cajón del escritorio del médico una foto de la atractiva mujer con una dedicatoria por detrás, que reza: Para ti, José Antonio, amor mío. Llévame siempre en el corazón. Te quiere, Lola. José Antonio se llama su esposo. Amparo sufre mucho. Abraza a sus hijos, le da un beso en la frente a su suegra, que no sabe lo que pasa, la mujer, hace la maleta y ya está a punto de echarse a la vida (otra vez) cuando todo se resuelve: José Antonio es el hombre con el que iba a casarse la joven paciente, que tiene una enfermedad incurable y se ha retirado a morir a un convento, dejándole al médico el doloroso encargo de entregar la foto a su prometido -ignorante de la situación- cuando el fatal desenlace se produzca.

Una mierda de Amparo, vaya; una Amparo que se había tenido que olvidar de la polla santa del seminarista, de la terapéutica del médico y de la canallesca del chulo; una Amparo descafeinada entre mucho resalte de los valores de la familia y aquellas cosas. Mi padre estaba muy tristón, mi padre ya no era el que era.

Pero el folletín, que duraba ya ocho años, se seguía leyendo y don Ricardo Narváez no dejaba de recibir encargos comerciales del periódico, para el que La familia Amparo García se había convertido en su principal fuente de ingresos. A pesar de que la que fue historia laberíntica de pasiones había quedado reducida a una mera excusa para sacar comercios, a la gente le seguía haciendo ilusión ver anunciados sus negocios de esta forma. El "Bar Pamplona II" llevaba años suscrito y los personajes tomaban vermú en el "Bar Pamplona II" todas las semanas. La gente, por unos céntimos, se entretenía en algo más que en quitarse el hambre a quantazos.

Yo tenía catorce años cuando sorprendimos a mi padre llorando a moco tendido en el jardín, abrazado al mazo de pliegos manuscritos de Los amores de Amparo y La familia de Amparo García. Lloraba porque había decidido poner fin a una historia que ya le asqueaba profundamente. Iba a empezar otro, determinado a no dejar su profesión de folletinista. En realidad no sabía hacer otra cosa. El Nuevo Noticiero estaba de acuerdo, esta vez no le puso tantas pegas, convencido de que ese genio encerraba una nueva bomba en la cabeza. Lo malo era que Amparo tenía que morir. Y Amparo tenía que morir por la sencilla y triste razón de que así lo quería Diego Diéguez Donoso, un adinerado sastre de la ciudad, viudo y con fama de mujeriego. Amparo tenía que morir en sus sastrería, "Las 3 DDD", se llamaba, de una caída, de un infarto, de un derrame cerebral o de lo que fuera, pero en su sastrería y, sobre todo, en sus brazos, en los brazos de Diego Diéguez Donoso. El sastre ya había

pagado en varias ocasiones para que Amparo fuese a encargarle trajes para su marido y mantuviera con él, con Diego Diéguez Donos, largas conversaciones llenas de todo el doble sentido posible y de piropos galantes. Él era uno más de los muchos enamorados del personaje. Y ahora que se había enterado, por amistad con don León Espeja, de que el señor Narváez iba a terminar la historia, su establecimiento y él querían ser protagonistas del fin de un mito que pasaría a la historia periodística y literaria de la provincia, para lo cual estaba dispuesto a pagar un dineral, el muy mamarracho.

A mi padre no le tembló la mano, pero sí el corazón, que era donde verdaderamente guardaba la bomba que le sospechaba el periódico. A mi madre, a mi hermano Ricardito y a mí nos los confesó: amaba profundamente a Amparo, y mi madre se sintió tan absurdamente cabrona y tan rematadamente celosa que se puso hecha un basilisco con mi padre, lo abofeteó delante de nosotros, lo llamó "adúltero", "mal marido" y "casquivano" y le reprochó duramente que le hubiera ocultado durante tanto tiempo aquella pasión. La que nos había dado de comer, de vestir y de tomar aperitivos desde los años de la II República, ahora se nos revolvía iracunda.

Fueron días de tenso silencio en mi casa a la espera de que el último capítulo de La familia de Amparo García -con Amparo muerta- saliera publicado. Mas se acercaba la hora de entregarlo al periódico y mi padre no lo hacía. Aquella mañana se quedó en la cama fingiéndose enfermo, o a lo mejor lo estaba de veras. Don León Espeja mandó al chico de los recados y mi padre lo despachó de malos modos y con una nota en la que le decía

al director: "Amparo es mía". Don León vino a casa a la hora de comer y trató de hacer entrar en razón a mi padre. No hubo forma.

-Mira León -le dijo-: Amparo va a morir en los brazos de ese crápula de Diego Diéguez Donoso, sí; pero será cuando a mí me salga de los huevos. Que se entere que Amparo es mía. Que lo sepa todo el mundo.

El director del Nuevo Noticiero tenía la cara cárdena.

-Estás loco, Ricardo. El final de La familia fue anunciado en el número anterior, acuérdate. ¿Tú sabes cómo se va a poner el sastre, hombre de Dios? ¿Tú sabes cómo se va a poner la gente? Acuérdate del Negrito, Ricardo. No me hagas esto, coño.

Estábamos todos a la mesa y mi padre se echó una aceituna a la boca, indicándole con eso a don León que era su última palabra. También nuestras últimas aceitunas.

Siete meses duró la "crisis de final", siete meses sin decidirse mi padre a coger el sobre lacado y escondido en el que guardaba no sólo la muerte de Amparo; también las cartillas de racionamiento de la familia, pues había decidido que en aquella casa no se comía hasta que Amparo no estuviese enterrada, o sea publicada, del todo. Esperaba que la gente y el sastre se olvidasen, pero eso no ocurría. Había lectores que seguían el folleto desde que empezó, sin perderse uno. El prolongado retraso del último capítulo demostró que la guerra no había matado, exiliado o encarcelado a todos los admiradores de la zorra aquella. El periódico estaba que trina-

ba con mi padre, desbordado otra vez de quejas y desprestigiado, y mi pobre padre, deprimido como un sapo despachurrado, ni salía a la calle, en pijama todo el día, ausente en el sillón de su despacho. Siete meses de hambre mal apagada, mal tragada. En una ocasión llegaron a manifestarse ante la casa un grupo de lectores descontentos. Eran lectores viejos, desarrapados como pobres de pedir, con cara de vela, silenciosos, que reclamaban el final de su mito como si pidiera pan, con miradas llenas de rencor. Fueron dispersados a hostias por los guardias, claro, y los de la Dirección General de Seguridad se presentaron en mi casa e interrogaron a mi padre: querían saber qué había significado aquello, buscaban motivos políticos, subversivos, masonazos, pero vieron que allí lo único que había era una familia triste y hambrienta.

Nosotros intentábamos convencer a mi padre para que cambiase el final. No entendíamos porqué tenía que morir necesariamente Amparo; podría darle sólo un mareo, que se conformara el sastre con un mareo. Él era el autor y siempre había mandado en sus historias. Pero mi padre nos trataba de estúpidos.

-¿No os dais cuenta de que ya no hay vuelta atrás? -decía-. Un hombre ha de asumir su responsabilidad y lo hecho, hecho está. ¿Con qué cara me voy yo a enfrentar a la pobre Amparo sabiendo que sabe que la he entregado asesinada a los brazos de ese imbécil? Es lo que hay. ¡Dejadme sufrir en paz, mujerucas!

Estaba loco de remordimientos y de hambre y nos metía a todos en el mismo saco del "delito cometido",

obligándonos a sacrificarnos sin comer, como él. Fueron siete meses buscando las cartillas de racionamiento como si buscáramos nuestros estómagos y royendo algarrobas del Auxilio Social. Mi madre le suplicaba a mi padre que si quería purgar, purgara él, pero que por el amor de Dios, nos dijera dónde había escondido los cupones; que al menos lo hiciera por Ricardito, que estaba en la edad del desarrollo y se iba a quedar canijo por su culpa. Mas mi padre seguía ausente: hambriento, melancólico, en pijama y ausente en el sillón de su escritorio, donde Amparo había nacido.

Gracias a María Encarnación, la sirvienta que tenía- mos y que no había querido irse cuando la despidió mi madre por no poderle pagar -joven, beatita e ignorantona, con el cuarto lleno de santos-, podíamos cenar algunas noches algo más que algarrobas: bacalao, habas hervidas y hasta vino tinto, a veces. María Encarnación se acostaba con un señor mayor de abastos, eso estaba claro. Mi padre, reacio al principio pero agradecido después, decidió que la criada mandase en la casa mientras nos diera de cenar, que la llamáramos "doña Encarna", que durmiera en la cama conyugal y que por las mañanas tomara baños de sol en el jardín, pues al señor de abastos le chiflaban las carnes morenas, nostalgias de Cuba y de una novia que allí tuvo. La beatita, tan recatada y modosa, distrajo la fe por un tiempo, guardó las estampitas, cambió la honra por la caridad hacia nosotros y supo sacarle provecho al chocho de una forma que daba miedo. Yo llegué a sentirme muy inútil y muy celosa de la predisposición de la sirvienta, porque si su chocho, siendo ella más bien feúcha, valía unas habas y un poco

de bacalao, el mío, tan guapita como era y más joven que ella, a lo mejor valía un salchichón; o sea que si en aquella casa no se comía salchichón, era por mi culpa.

De todas formas, todos le estábamos muy agradecidos a María Encarnación, pese a que sabíamos perfectamente que el señor de abastos la tenía muy bien servida y que ella se quedaba con mucho más de lo que nos echaba de comer a nosotros. Mi padre tomó por costumbre bendecirle las ingles a la sirvienta antes de cenar, ya que no el pan que no había, en un rito muy breve pero muy respetuoso y sincero. Como buen folletínista, mi padre era ateo, pero se veía obligado a decir: "El Señor conserve buena su moneda, doña Encarna, y sepa perdonarla". Contestábamos amén, nos santiguábamos y la criada dejaba caer otra vez su falda con cierto retintín altivo, con cierto orgullo repelentito. Resultaba vergonzoso, sobre todo para mi padre, que sin embargo, con eso de comer algo, se estaba recuperando de su chifladura. Aprendió de espárragos, collejas y setas silvestres y salía al campo a buscarlos. Nunca nos envenenó y el aire libre le hizo bien a su salud mental. Un día regresó diciéndonos que el sobre con el manuscrito y las cartillas de racionamiento estaba dentro de la tapicería del sillón de su escritorio y le ordenó a mi hermano Ricardito que llevara "el cadáver de la furcia de Amparo al periódico, por si lo querían para algo".

Fue en el campo, buscando espárragos, donde el autor de los famosos folletines provinciales por entregas El Negrito Bambú, Los amores de Amparo y La familia de Amparo García recuperó totalmente la razón, se dio cuenta de lo que les había hecho a los suyos y se dejó

caer por unas peñas, rematándose mediante los golpes en la nuca contra el suelo para los que, malherido, aún tuvo fuerzas, según contó a la Guardia Civil un testigo pastor.